

## *Sordos al silencio*

**A** los treinta años de edad —tres antes de la pérdida de Cuba— Miguel de Unamuno acuñó el concepto de *intrahistoria*. La Real Academia Española lo ha incorporado a su diccionario y lo define como "la vida tradicional que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible". Esta voz unamuniana cumple ahora cien años y apareció publicada por vez primera en *La España Moderna*, revista dirigida por Lázaro Galdiano, en el ensayo "La tradición eterna", el primero de los cinco que componen el libro *En torno al casticismo*.

Siempre me ha conmovido el afán de vida perdurable de Unamuno. Una vez leídos no he podido ya olvidar sus versos: "Cuando me creáis más muerto/retemblaré en vuestras manos". Su principal empeño no era dejarnos libros hechos con reflexión, sino el hombre que era, que *es*; un mundo verdadero con su contradicción. Esto es, quería traspasarnos su intimidad, el "único tesoro verdadero" para Ortega.

A lo largo de estas páginas que ahora cumplen su primer centenario, pueden encontrarse, en medio de perdidas digresiones, llamadas

**PILAR  
MARTÍN-GUZMÁN**

**«Para vivir de veras hay que renunciar a un .yo falaz y hallar el yo de roca viva. Confiesa el pensador vasco sentirse recompensado en su esfuerzo con despertar a una sola persona una sola idea dormida en su propia mente»**

vivas e imperecederas a la autenticidad y al valor de los seres humanos. Así, afirma que "la vida más oscura y humilde vale infinitamente más que la más grande obra de arte" y clama al *hombre* que duerme dentro de todos nosotros, sin excepción. Para vivir de veras hay que renunciar a un *yo* falaz y hallar el *yo* de roca viva. Confiesa el pensador vasco sentirse recompensado en su esfuerzo con despertar a una sola persona una sola idea dormida en su propia mente. Sólo a través del amor, nos dice, podemos llegar a las cosas con nuestro *ser propio*, la mente sola no basta. Por eso para hacer vividera la vida, la nuestra y la de los demás, hay que "tener a un tiempo una mirada benévola y de inteligencia".

Ortega pedía para ir por la vida una mente clara y un corazón transparente, y aseguraba también que las dos cosas más gélidas que hay en el mundo son la clara reflexión y la firme voluntad.

Es evidente, pues, el deber que todos tenemos de hacernos un poco mejores en todo. Para ello hemos de ser capaces de avergonzarnos de prejuicios y tópicos y mirar de cara a los hechos, sin contar las cerdas del rabo de la esfinge. La circunstancia española de Unamuno al escribir *En torno al casticismo* era de honda crisis, si bien todavía estaba por venir lo peor. Unamuno denunciaba achatamiento, doblez, rutina y ramplonería en nuestra vida social, y se quejaba de que en las tertulias de los cafés se prodigase un ingenio estéril que malgastaba vigor.

El peor mal que detectaba era el esfuerzo por "aparentar lo que no hay", para él la peor ignorancia es la que se ignora a sí misma, la semiciencia presumida. En su diagnóstico establecía la necesidad de superar la abulia para el trabajo modesto y la investigación *directa*, lenta y sosegada.

Hace un siglo Miguel de Unamuno acusaba en la Prensa a "esta sociedad que sólo ve lo hecho y recortado, ciega para lo que se está haciendo", que mostraba desvío con la juventud y supersticioso servilismo a los ungidos, en la que "los periodistas escriben unos para otros, no conocen al público ni creen en él". Por si fuera poco sentenciaba: "Aún hay hoy menos libertad íntima que en la época de nuestro *fanatismo* proverbial". ¿Podría decirse lo mismo en nuestra circunstancia presente?

Ortega, que había denunciado "la formidable solidaridad de los ineptos" de la España oficial, indicaba la necesidad de educarnos para "una ultravisión vertical y perforante que mire debajo de lo que se ve"; por cierto que varios decenios después resultan un éxito de ventas los libros visuales en tres dimensiones del *ojo mágico*.

**«La circunstancia española de Unamuno al escribir *En torno al casticismo* era de honda crisis. Unamuno denunciaba achatamiento, doblez, rutina y ramplonería en nuestra vida social, y se quejaba de que en las tertulias de los cafés se prodigase un ingenio estéril que malgastaba vigor.»**



Necesitamos de la política para plantear muchos de nuestros problemas, sin embargo es obvia su insuficiencia para resolverlos. Es burdo, pues, apasionarse por ella. Pero los intelectuales tienen una insustituible función política que ejercer. Marías lo ha señalado en esa espléndida serie de libros titulada *La España real*: desarrollar un pensamiento alerta, capaz de *descubrirlas* manipulaciones que llevan a viciar todo razonamiento de antemano. En 1986 escribió que "casi todo lo que parece *actual* va a quedar rápidamente anticuado". Juzgue el lector.

El propio Marías afirma que "hay que mirar atrás para *no quedarse atrás*, para inventar en vista de ello algo distinto y superior". Ha dicho también que los escritores de la generación del 98 tenían junto a una inconfundible personalidad un propósito transpersonal, que les daba un inequívoco aire de familia. Azorín ofrecía como objetivo intelectual "sentirse ligado a toda la cadena de antecesores que ha dado España". Y Ortega apuntaba la necesidad que tienen los pueblos de un núcleo incommovible, impasible representante de la continuidad de la vida nacional. En nuestro caso esa España, que está ahí, está por descubrir para demasiados de nuestros compatriotas.

En su reciente libro *Argelia en el vendaval* Juan Goytiso-lo ha escrito que "el rechazo de la España oscurantista encarnada por Franco y la admiración compensatoria de lo extranjero me condujo, por ejemplo, a sustituir el *adoctrinamiento* nacional-católico con una *contraeducación* que excluía en bloque los valores del pasado. Fue necesaria una *formación* posterior para liberarme de mis anteojeras y aprehender al fin la importancia y modernidad de nuestro acervo, pese a su tala brutal por espacio de siglos". Tenemos entre nosotros maestros que postulan "una cultura pobre, una cultura de lo esencial" que nos permita hacernos con una grandeza comunicable, "que no empobrece a nadie y puede enriquecer a todos" Si simplemente considerásemos esa posibilidad, se dispararía la ilusión y podría contagiarse un talante dinámico pero desdeñoso de "valores" vigentes como el dinero, la fama y la prepotencia, quizá por eso se intenta hurtar esa ocasión a la juventud. Cuando estos autores fallezcan no los perderemos de nuestro campo visual si seguimos el ejemplo de Quevedo, que decía vivir en conversación con los difuntos y escuchar con sus ojos a los muertos.

Como recuerda Unamuno, tradición procede del verbo latino *trádere*, que significa entregar. Importa transmitir el legado de los siglos, con libertad, sin casticismo, sin aislamiento ni proteccionismo, sin cerrar las valvas; confiando en la espontaneidad propia y en que "siempre seremos nosotros". Para innovar necesitamos raíces pero no anclas, nos hace falta tradición pero nos sobran tradicio-nalistas, del jaez

**«Necesitamos de la política para plantear muchos de nuestros problemas, sin embargo es obvia su insuficiencia para resolverlos. Es burdo, pues, apasionarse por ella. Pero los intelectuales tienen una insustituible función política que ejercer. Marías lo ha señalado en esa espléndida serie de libros titulada *La España real*: desarrollar un pensamiento alerta.»**



que sea. Requerimos lo eterno olvidado: esa intrahistoria silenciosa y continua que Miguel de Unamuno nos enseñó a ver y que ahora celebramos. Hacemos cargo de la vida callada de millones de hombres sin historia, es un paso previo para levantar innumerables cartas de mundos personales, la dimensión que nos corresponde.

**«Recuerda Unamuno que tradición procede del verbo latino *trádere*, que significa entregar. Importa transmitir el legado de los siglos, con libertad, sin casticismo, sin aislamiento ni proteccionismo, sin cerrar las valvas; confiando en la espontaneidad propia y en que "siempre seremos nosotros".»**

